



EL CENTRO DE LOS MUMIAJONES

De Derek Keilty

Ilustrado por Mark Elvins



A mi mujer, Elaine, con amor

D. K.

A Kit

M. E.

Puedes consultar nuestro catálogo en www.picarona.net

PEDERNAL OSARIO - EL CETRO DE LOS FARAONES

Texto: *Derek Keilty*

Ilustraciones: *Mark Elvins*

1.ª edición: junio 2026

Título original: *Flyntlock Bones - The Sceptre of the Pharaohs*

Traducción: *David N. M. George*

Maquetación: *El Taller del Libre, S. L.*

Corrección: *Sara Moreno*

© 2020, Derek Keilty, por el texto

© 2020, Mark Elvins, por las ilustraciones

Publicado originalmente en UK por Scallywag Press Ltd.

(Reservados todos los derechos)

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.

www.edicionesobelisco.com

(Reservados los derechos para la lengua española)

Edita: Picarona, sello infantil de Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molf de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: picarona@picarona.net

ISBN: 978-84-9145-944-6

DL B 9910-2026

Impreso en Gráficas Martí Berrio, S. L.

Avda. Castell de Barberà, 15, Nau 12-13

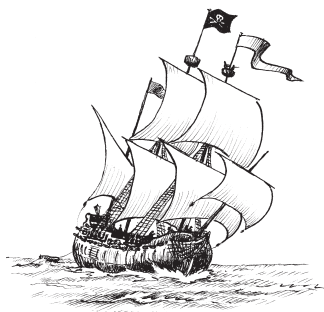
08210 - Barberà del Vallès - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirígete a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitas

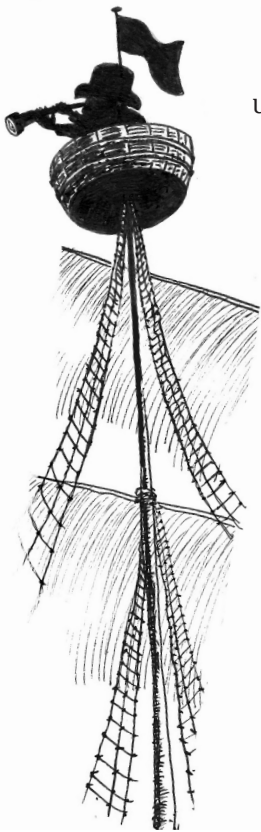
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



CAPÍTULO UNO EL SABUESO NEGRO

¡Ñeeec! ¡iÑüic!! iiiÑeeec!!!

Mi corazón palpita mientras asciendo por la rampa de desembarco del alto barco de vela que se tambalea y chirría en el puerto. Suena un ruidoso trueno, resbalo y estoy a punto de caer, de cabeza, a las turbias aguas del mar que se arremolinan entorno al casco del navío. Espero que el tripulante que se encuentra en el puesto de vigía no esté viéndome a través de su catalejo. Lo último que querría sería parecer

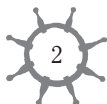


un completo marinero de agua dulce. Tengo que conseguir un empleo.

Regresar al orfanato ya no es una opción. La señora Regañina, la gobernanta, prácticamente me ha echado esta mañana, arrastrándome por las orejas y diciéndome que ya soy demasiado mayor para que me sigan malcriando. Dice que ya es hora de que me vaya y me gane la vida, abriéndome camino en el mundo. ¡Malcriarme! ¡Qué cara más dura la suya, cuando era yo quien hacía toda la compra, la colada y la limpieza, por lo cual, debo añadir, nunca me dio ni un céntimo!

Cuando me encuentro en la parte superior de la rampa de desembarco, una voz ronca me llama:

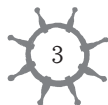
—¡Hola! ¿Quién hay ahí? ¿Qué rata de mar sube a bordo del Sabueso Negro sin que yo lo sepa?



Me quedo paralizado mientras un hombre grande y corpulento se alza imponente sobre mí, su silueta dibujada contra el Sol. Alzo la mirada, entornando los ojos para mirarle, y no puedo evitar ver que no tiene un parche, sino dos, que le tapan los ojos. Lleva un sombrero negro y tiene la barba más poblada que haya visto nunca. Mi corazón palpita todavía más fuerte y tengo un nudo en la garganta del tamaño de un ancla. Sobre los piratas sólo he leído relatos y quizás haya visto una o dos ilustraciones en libros, así que no soy ningún experto... Pero el hombre que tengo frente a mí es la viva imagen de un pirata, y siento un sudor frío repentino porque puede que el barco al que he subido sea un verdadero barco pirata.

—Yo... yo... Estoy aquí por el puesto de trabajo, señor –tartamudeo, esforzándome porque mi voz suene firme.

Me sobreviene la idea de que puede que me golpee y me haga volar de un puñetazo, justo en ese momento y lugar, poniendo fin a mi desesperada



búsqueda de empleo incluso antes de que empiece.

¿Qué pensaría entonces la señora Regañina?

—¿Empleo? ¿Qué empleo?

—El que está anunciado en la panadería de la señora Magdalena.

Saco la tarjeta que me he llevado esta mañana mientras estaba comprando pan para el orfanato. Había un montón de tarjetas. Dice:

Se busca grumete para el Sabueso Negro.

Presente su solicitud

en el puerto de Villapodenco.



—No veo ninguna tarjeta. ¿De qué me estás hablando, muchacho?

—Sus parches —le indico con una risita nerviosa.

Se levanta uno de los parches. Un ojo de color azul claro parpadea y baja la mirada hacia mí.

—Ah, ahí estás. Estaba dando una pequeña cabezada antes de zarpar. —Coge la tarjeta y se la mete en el bolsillo.

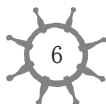
—Eres más bien flacucho para ser un grumete. El trabajo es duro, ¿sabes? —Me mira detenidamente y me sonrío—. Imagino que no has traído nada de la panadería, ¿verdad? ¡La señora Magdalena hace los mejores pastelitos calientes que haya comido nunca!

Percibo a un hombre alto andando por la cubierta. Debe tratarse del capitán del barco. Lleva un tricornio, un chaquetón largo, una camisa con volantes, pantalones, botas y un alfanje en su cinturón, y su nariz parece un pico de ave.

—¿Qué jaleo es este, Puentejo?

—Hay un muchacho aquí, capitán. Está buscando trabajo.

—Bueno, no te quedes ahí como un pasmarote. Hazle subir a bordo. —Se ajusta el tricornio y nos hace señas—. Le veré en mi camarote ahora mismo.



Debo decir que me preguntaba si iba a presentarse alguien. Te acordaste de dejar todas esas tarjetas en las tiendas de la ciudad, ¿verdad, Puentejo?

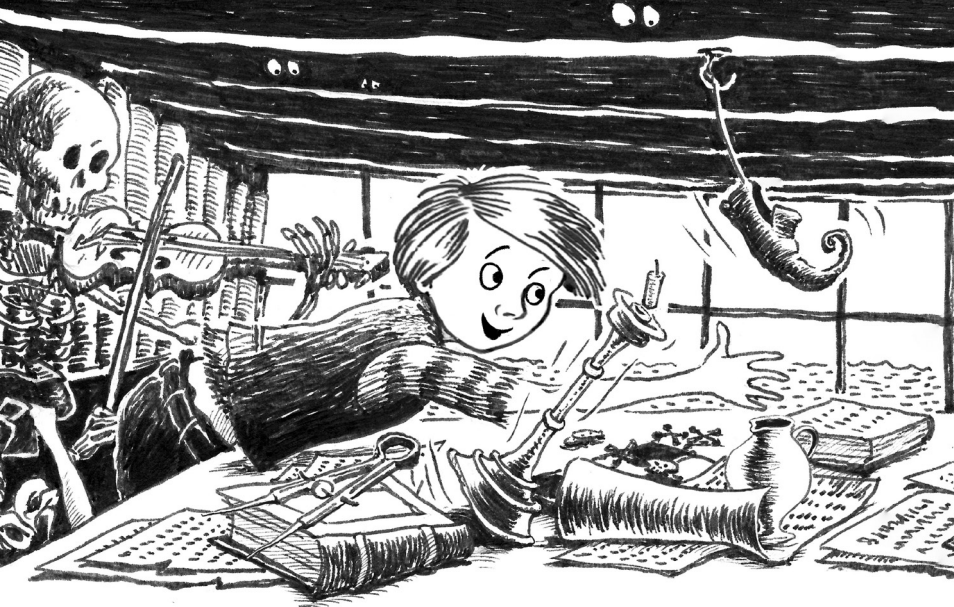
—Esto... Sí, capitán.

El corazón me da un vuelco, y aunque me preocupa que se trate de un empleo a bordo de un barco pirata, lo compenso con el hecho de que un empleo es un empleo y, ciertamente, no podría ser peor que trabajar como sirviente para la señora Regañina.

Sigo a Puentejo, con su parche, por la cubierta hasta llegar a la puerta abierta de un camarote, donde el capitán me hace señas para que entre.

—¡Pasa, pasa!





En el interior, el camarote es grande y lúgubre, y prácticamente tiene el tamaño de los dormitorios del orfanato. Lo primero que me llama la atención es la estantería al lado de la ventana, que está abarrotada de todo tipo de libros. También hay un escritorio, lleno de velas, mapas, una pipa y una lupa. Y en una esquina un esqueleto sonriente que sostiene un violín y una única pantufla marrón que contiene una bolsa de tabaco.



—Soy el capitán Juan Jefazo «el Largo», del Sabueso Negro. ¿Quién eres tú? —dice el capitán, alargando su mano.

—Pedernal Osario, señor, de la honrada ciudad de Villapodenco, aunque la mayoría de la gente me llama Pedri. Encantado de conocerle.

Saca un taburete para mí y luego se da la vuelta y da unos pasos para recostarse en una mecedora de madera. Una gata negra escuálida con el pelaje



mate y sólo un ojo da un brinco para subirse a la mesa y tumbarse al lado de la mano del capitán. Se me queda mirando, casi como supiera qué estoy pensando, como si lo supiese todo de mí.

—¿Cómo se llama su gata, capitán Jefa-zo? —le pregunto.

Le hace unas caricias entre las orejas con un dedo mugriento.

—Arañazos. Es la que trabaja más duro en este barco. Mantiene a los ratones y las ratas alejados de los sacos de comida que se encuentran abajo en la bodega.

—¿Qué le ha pasado en el ojo?

—Eso tendrás que preguntárselo a ella —sonríe—. Un miembro de la tripulación la recogió hace algunos años en una isla del estrecho de las Penurias. Estaba en bastante mala forma. La acogimos, la alimentamos y lleva con nosotros desde entonces.



—Siempre he querido tener un gato, pero nunca me dejaron.

El capitán juguetea con su pipa, estirando el brazo para coger la bolsa de tabaco que hay en su pantufla.

—Acerca del trabajo, joven Pedri. ¿Has estado antes en la mar?

—No hasta el día de hoy, capitán.

—Es un trabajo duro, ¿sabes? Más duro si, además, tienes que aprenderlo todo desde cero —dice mientras echa una mirada a la gata.

—No esperaba menos, señor, pero aprendo con verdadera rapidez, de verdad, así que no tiene nada de lo que preocuparse.

—¿A tus padres les parece bien que zarpes hacia la mar?

—Soy huérfano, señor. Mis padres murieron en el gran incendio de Villapodenco cuando yo era un bebé. Dicen que fue un milagro que sobreviviera.

—Lamento oír eso. Entonces, ¿vives en el orfanato?

—Ya no. La señora Regañina, me ha echado esta mañana, señor. Por eso necesito un empleo.





Me doy cuenta de los dibujos, las páginas y las notas pegadas a un gran tablero cuadrado que hay en una pared del camarote, y entorno los ojos para intentar verlos mejor. No tengo ni idea de qué son. El capitán sigue mi mirada.

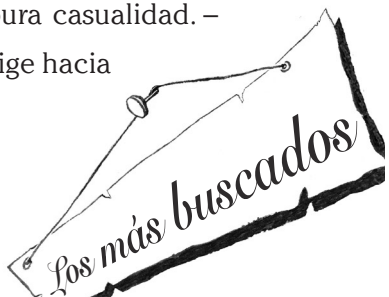
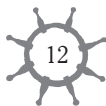
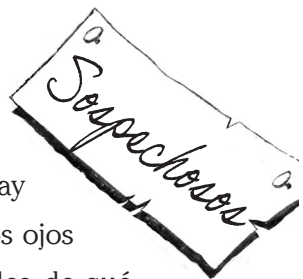
—¿Aprendes rápidamente, has dicho?

—Sí, señor.

—Bueno, lo primero que tendrás que aprender es que somos un poco distintos a los piratas habituales, que engullen ron, saquean tesoros, son bravucones y el azote de los mares. Buscamos pistas, no tesoros.

—¿Pistas, señor?

—Todo sucedió por pura casualidad. — Se pone de pie y se dirige hacia



el tablero –. Hace algunos años pasamos por una mala racha. Los tesoros se estaban volviendo cada vez más difíciles de encontrar. Entonces, un día, nos topamos con una rica condesa en una taberna, en Bohemia, con el relato de su infortunio porque le habían robado sus joyas. Lloraba desconsoladamente. Le explicó a toda la taberna su incalculable valor y que lo más probable era que unos piratas fueran los culpables. Obviamente, ella no tenía ni idea de que estaba en compañía de toda una banda de ellos, ya que estábamos con ella en el mismo establecimiento.

Se ríe por lo bajo y acerca una cerilla a su pipa, dando caladas y soplando hasta que estoy bastante seguro de que se le ha apagado. Vuelve a dejarla, impertérrito, sobre su escritorio.

—Dijo que lo había intentado todo, incluyendo acudir a la policía de su localidad, que era poco menos que inepta. Sea como fuere, se me vino una idea a la mente, y le pregunté si habría una recompensa si recuperaba sus joyas, a lo que la condesa respondió que así sería. Y, ¡jo, jo, jo!, ésa fue nuestra primera inves-

tigación. Zarpamos y nos hicimos con el botín robado por el viejo Barbacarmesí, el pirata que vivía en la isla Diente de Tiburón: nos las llevamos a hurtadillas en plena noche, cuando estaba de fiesta, celebrando sus ganancias ilícitas. Así pues, devolvimos las joyas a su legítima propietaria, aunque debo confesar que pensé en guardarlas en nuestro cofre del botín, que estaba inmisericordemente vacío. Por supuesto, mi honestidad dio como resultado una jugosa recompensa. La condesa le habló de mí a sus amigos, y no pasó mucho tiempo hasta que zarpamos para resolver nuestro segundo caso. El resto, como suele decirse, es historia. Así que ya ves: este trabajo no es sólo de grumete, joven Pedri. Es de grumete a bordo

de un barco lleno de los piratas detectives más listos que nunca hayas visto.

Hace una pausa:



—¿Estás bien, muchacho? Te has vuelto más pálido que la Luna llena.

Mientras el capitán había estado hablando, me había mareado un poco. Había esperado que el concentrarme en el relato me hubiera hecho sentirme mejor, pero no fue así.

—No es eso, señor. Sólo me siento un poco revuelto, eso es todo.

—Ah, estás indispuerto, entonces. Has sido un marinero de agua dulce demasiado tiempo, y este clima y el mar picado no son de mucha ayuda.

—Creo que se trata, simplemente, de nervios, porque necesito este trabajo de verdad.

Vierte agua en un vaso y me lo da.

Desearía que el clima no fuese tan tormentoso hoy. Doy un sorbo y me aclaro la garganta.

Entonces todo se vuelve negrísimo.

